

JULIAN

NARIZOTAS berzotas. Chinchorro pellejo. Robapanes. Los gritos remoloneaban tras su espalda, cada vez un poco más lejos y escorados. El huía sin pararse, huía sin tan siquiera volverse a contestar los retos.

Vaya, qué me importa a mí lo que digan «esos», pensaba y se reía por dentro. La «doña», esa sí que le vociferaba y era de temer. A ella no le era posible huírle ni contestarle. Hay que aguantar, mira tú. Sermones a troche y moche. Había más que el radio. Bueno, es que está también algo chalada, se rió.

«Julían, se te olvidó recoger el jabón de casa de Alonso y allí se estará muerto de risa, con la falta que hace. Julían, no fuiste a la fábrica de fábrica de esparto por las sogas. Julían, grandísimo bergante, ¿dónde te has metido después de salir de la escuela? Me has hecho perder más de dos horas.» Eran diez o doce minutos a lo sumo, pero la «doña», ya se sabía, exageraba siempre, por costumbre. Por vicio, pensaba él. «Julían, te voy a dar una paliza que te vas a acordar mientras vivas. Los cardenales te han de durar siglos.» Se asustaba a lo primero. Luego, conforme pasó el tiempo, se reía por debajo. Mentira, «doña», te conozco yo a ti. Hablas y hablas y hablas. Pero no sacudea. Eso se queda para la gente de allá arriba, de mi barrio. Tú ladras, pero no muerdes. Dónde ibas a darme tú a mí, «doña». «Tu padre me tiene autorizado que te pegue cuando haga falta, y tú necesitas jarabe de palo a todas horas. Julían, levántate y no seas gandul, que son las siete largas. Julían, o te lavas esa cara de cerdo o te la restriego yo con el cepillo de fregar los suelos. Julían, en misa no se mueve uno; pareces una lagartija coleteando. Julían, la verdura. Julían, el pan, que son las doce y media pasadas; hoy nos quedamos sin pan y tú sin boca del bofetón que te doy. Julían, no te hurgues la nariz, que es de mala educación. Julían, vete a comprarme agujas. Julían. Juuuliiann.»

Dobó la esquina. Se perdieron hasta los últimos rebotes de los gritos que le acusaban: Narizotas... otas. Robapanes... anes. «Lallia»... illa.

Bueno, ¿y qué? Se encogió de hombros. ¿Qué pasa si soy el «Lallia»?; estiró los miembros, aquietó el paso, sacó el pecho jactancioso. Se echó a reír otra vez. Sus ojos pardos destellaban una lumbre casi dorada. Se palpó el bolsillo del pantalón, donde sonaban las perras. ¡Juy!, éstas no me las saca doña Elvira ni con ganzúa. Se puso a pensar, mientras iba hacia la casa. ¿Dónde las esconderé hasta el domingo? Relamía su felicidad goloso. Cavillaba el escondrijo. Debajo del colchón de mi catre. Nooo. Allí es seguro que la «doña» registra de vez en cuando, la muy carpanta. Ya sé. Detrás de la tinajona grande del patio. Se rascó la barbilla. Que el jueves toca «Melguizo». Ese huele los cuartos más que un podenco la caza. Es capaz de encontrarlos y najarse con ellos sin decir esta boca es mía. Menudo elemento es el «Melguizo». No sé cómo la «doña» lo protege. El tío es más la dr'h que Gestas. Se imaginó al

aguador riéndose tras el hallazgo de las monedas escondidas: los ojos como escupinajos por el tracoma, que ya casi le había comido los párpados; la nariz descolgada y moqueante, ¿por qué se le estaría siempre cayendo la gota al «Melguizo» en invierno y en verano? La boca de labios gordos y negruzcos. Toda la cara convulsa por la risa. ¡Qué asco la cara del «Melguizo»! Y más cuando se rie. Un pescac podrido. Y a pescac podrido le fiede el aliento al maldito.

—Tú, «Lallia», ¿ande vas tan silencioso?

Era Lucas, el «Pota», que venía del pósito. No sabía dónde llevar las manos vacías. Julían se las quedó mirando aisladas, inertes, estúpidas, como un colgajo añadido sin porqué al cuerpo del pescador.

—¿Qué miras tú? ¿Llevo algo?

El chico se echó a reír.

—En la mar—se encrespó el hombre.

Julían se quedó de pronto muy serio, casi rígido, esperando. Ahora me zumba.

La guantada no llegó.

—Vaya. Perdona, muchacho. Es que solís también. ¿Y la «doña»? ¿Qué tal sigues con ella y sus monsergas?—intentaba congraciarse ahora.

—Se tira—encogió los hombros muy picudos.

—¡Hum! Pareces contento. Qué arrimao estás hecho —le achuchó, compadreado—. No me preguntas nada de allá arriba, ¿eh?, como vas para señorito ya no se te importa nada de lo de antes.

Julían parpadeó varias veces seguidas con rapidez. Contuvo las palabras que le venían salidas de madre. Contento. A la fuerza ahorcan, ¿no? Pero para qué iba a decir nada. La vida mandaba. Había que amolarse, si a uno le tocaba la china. No quiero preguntar nada, no quiero decir nada, se emperro adusto. Qué. El ya no era uno más de la Cuesta de la Pesquera. Disfrutaba con callarse, con rumiarse a solas y aguantar; con potrear a Lucas a silencio en ese momento. Quien quiera saber que vaya a la escuela, mira tú éste también. Nannay.

—La Flor se va a Barcelona, a servir—soltó Lucas de improviso.

El pescador no se movía. Parecía haber anclado en medio de la calle. Julían comparó mentalmente la escena con la de un marrajo de 500 kilos —Lucas— cerrándole el camino a una sardina —él, Julían—. Cerró los ojos. El corazón le daba unos golpazos de aupa.

—Di algo, hombre. Que luego pueda contarte lo que sea a tu gente; cualquier cosa, lo que se te ocurra.

—Si es que... no tengo na que decir.

El «Pota» volvió a embestirle con terquedad.

—No se diga, ¿tan descastao te has vuelto? Después de todo, la Flor es tu hermana. Y no se va, como quien dice, ahí detrás de la puerta.

Julían hincaba los ojos, ceñudo, en el jersey.

—Vaya. Me voy. Tengo prisa. La «doña» me está aguardando.

GRAN PREMIO "TRIUNFO"

"EL LAJILLA"

por CONCHA

FERNANDEZ-LUNA

Y, al echar a correr nervioso des-
templado:

—Le da usted recuerdos a la Flor.

Escapó sin mirar atrás. Pues sí, qué. Recuerdos a la Flor. Recuerdos para qué, se le concentraba un amargor irreductible. Para ellos ya no soy nada. Un descastao, sí, descastao. Y no me dejan subir calli ni el cura ni la «doña», ni ellos tampoco quieren que suba ni verme. Como si yo tuviera sarna. Y después que son ellos los que me «dieron» a la vieja, a la doña Elvira ésta. Y encima vengan blanduras de recuerdos y condioses y qué bien estás, que parecees otro, desde que te bajaste con la «doña», y estás echando lustre, y al lado de doña Elvira te harás un hombre de provecho, sí, provecho, y tos nos alegramos tantísimo y te echamos de menos, ¡mentira!, pero es mejor que sigas donde estás, y tengo muchas ganas de verlos a todos, y va mi padre este año a la marrajera, y es verdad que los del Ortuño les dieron un plante al amo en medio del agua pa que les subiera el jornal; jolín, qué tios, ¿y por qué los han echao a la calle, y por qué me han hecho esto de bajarme con la «doña» a la fuerza y por qué me han hecho esto a mí? ¿Y por qué no me han dejao allí arriba, que es lo mío? ¿Y por qué me han hecho esto, por qué me han hecho esto?

Llegaba a la casa. Lágrimas como puños le cegaban los ojos. Toda su alegría, disuelta, era ya nada. Ni temblor fugitivo, ni guasa por haber engañado tan limpiamente a aquella pandilla de pavos jugando a las perras en el puerto viejo, ni afán de esconder las ganancias donde doña Elvira no las pudiera encontrar hasta pasado el domingo, ni planes de folgorio para ese día de fiesta. Lucas le había dejado seco, chafado, apesadumbrado, rabioso contra todo y contra todos. Levantó los dos puños furiosos, desesperado.

—¿Por qué me han hecho esto? —gimió.

Desantrao con maña y cautela el portón y entró en la casa.

—Doña Elvira. Doña Elvira—voceó con suavidad.

Nadie contestaba. Se apoyó en su congoja. Un nudo como de cabo embreado le yugulaba la incipiente nuez. Apretó los dientes. No lloro. No lloro. No lloro. Y empezó a sollozar a berridos manoteando contra las paredes, contra los muebles, hasta hacerse daño.

Súbitamente se calmó. Recorría las habitaciones un tanto temeroso, le pareció que era la primera vez que estaba en aquella casa. Al tropezar con la cómoda dio un respingo, como si unas manos invisibles le cogieran por los hombros. Vio la hora en el reloj del comedor. Las seis y media. ¿Dónde puede haber ido? Repasó pensativo. Al rosario. Un hondo resquemar le empezó a agujonear. Ahora me zumba. Hoy sí que me la he ganado por tonto, seguro. No hay quién me libre de ésta. Pero cierta secreta esperanza le alentaba por dentro también. Vaya. Hizo una mueca de pícaro. Me enjuago un poco las manos —se miró las unas negras, los surcos enrojecidos que se había hecho al golpearse— y me quito los

churretes de la cara, me peino y me avío y me largo en dos botes a la iglesia. Esto le gustará a la «doña», compuso gesto devoto.

Silbaba tenuemente mientras se metía el peine en las greñas y tiraba fuerte para atrás. Cuahdo salgamos del rezo, la «doña» ya no se acuerda de lo de esta tarde. Además, habrá gente: don Jacinto, el quincañero; la sita Matilde, la de las velas; Mostazo, el sacristán.

La «doña» es incapaz de soplarle ante el personal. Una sonrisa se agazapó en su rostro. Pero antes hay que esconder las perras.

Brujuleó de nuevo un poco por la casa antes de salir en busca de doña Elvira.

Al salir de la iglesia la noche era tibia, húmeda, con resabio de alquitrán, de brea, de marisquería y de jazmines amarillos. Este olor vegetal venía de la glorieta. Nubes galoponas recorrían el cielo de la mar a tierra. Doña Elvira se apoyaba en un hombro de Julián, camino de la casa, según norma establecida por ella desde que tenía al muchacho. Las luces del puerto se pintaban a rayas movilizadas en el agua, Julián abría y cerraba los ojos jugando. Roja, verde; verde, roja. La del faro, blanca, cegadora, más potente, guiñaba a intervalos regulares sobre la negra superficie líquida. Buena noche para la pesquera, suspiró entre dientes. La mano de la «doña» se le clavaba como garra. Yo soy el pez y ella el anzuelo, pensó. Con tal de que no tire mucho p'arriba. Doña Elvira empezó el, esta noche, tardío monólogo.

—No te pregunto, no te pregunto. No quiero saber lo que has hecho ni dónde has estado metido toda la santa tarde. Dios mío, aceptármelo como penitencia por mis pecados —levantó ómicamente los ojos al cielo, la papada le fofeaba en risrás. Julián se achantó una risa muy gorda que le vino—. Algún, recaló, te ha visto por el puerto Viejo granjeando. Así destrozás la ropa que se te da. Así agradece lo que estoy haciendo por ti. Me sobra corazón y me paso de buena. Pero me canso, ¿sabes? —le zarandeó un poco—. Todo el mundo me aconseja que te mandemos al reformatorio. Allí te coserían bien las costuras, amigo. Y lo haré, lo haré. Vaya que sí —alzó la voz, destemplada. Julián se empavorecía y, al mismo tiempo, sentía recrudescerse las ganas de reír, de reírsele a la «doña» en sus mismísimas narices—. La Flor se va a Barcelona, ¿no lo sabías? Lo que es tu padre, valiente sinvergüenza está hecho. Se lia con esa... «esa» —subrayó sin saber qué calificativo añadir—. Y ahora deja que tu hermana se hunda. Porque la Flor se pierde en Barcelona, con tanto vicio suelto como hay por esas capitales. Y si no, al tiempo. Y tú, tú —volvió a zarandearlo—, eres otro golfo sin remedio.

Se calló momentáneamente. Julián, con la cabeza gacha, se contenía hasta el resuello.

—A servir. A zorrear. ¿No me oyes? La Flor se va a Barcelona a zorrear, que de casta le viene al galgo.

Julián se soltó bruscamente. Si tu-

viera una piedra. Una piedra grande, de cachos afilados. Se la metía por los morros hasta las tripas ahora mismo. Miró al suelo buscando. Que la encuentre, que la encuentre.

—Ven aquí. Ven, he dicho—le conminó doña Elvira secamente, autoritaria.

Le sujetó de nuevo por el hombro. —¿Qué es eso de soltarte? Te quieras escapar, eh, ¿no es eso? Tajo de desagradecidos, con lo que una está haciendo por vosotros—barboteó.

Llegaban ya a la casa.

—Hay que llevarle temprano el tomillo a doña Josefa, la del brigada —normalizó la voz—. No se te olvide. Hazte un nudo en el pañuelo. Si no lo has perdido esta tarde, en tus golferías, que no sería la primera vez.

Doña Elvira manoseó por el bolso tanteando la llave, un bolso cansado de años, pero que se resistía a abandonar por otro de los que tenía bien apestillados en la cómoda, en mejor uso.

—Toma. Abre —le alargó la llave—. Esto lo sabes hacer demasiado bien. A saber la de veces que me habrás registrado los armarios cuando te quedas solo. Montones de cosas he echado a faltar desde que te tengo.

Julián abrió la puerta sin rechistar.

—Enciende la luz. Ten cuidado, no tropieces, no rompas nada. No me pises.

Julián encendió la luz de la cocina. Dos o tres cucharas hubieron rápidamente hacia sus insondables guardidas, colándose por las grietas oajas de la pared.

—¿Lo ves? Otra vez nos engañó el droguero. Esos polvos que te vendió no matan ni a una pulga tísica. Mañana habrá que comprar lo que sea, que no deje un bicho vivo en toda la casa, y no de lo más caro, que tú te tiras por lo grande, ya se ve que los cuartos no los sueltas tú.

El chico la miraba en silencio.

—Pon la mesa. Yo voy mientras a cambiarme de ropa. Cuidado con tirar nada, que te conozco muy bien. En cuanto doy media vuelta te pones a tontear.

Desdobló el mantel. Puso los platos y los cubiertos. Las servilletas, cada una con un nudo diferente y más grande, y de tela más fina la de la «doña»; los vasos. Un dolor sordo le recomía la sangre, le hinchaba los pulpos y le enrojecía a vetas los ojos. Pensó en la Flor, que se iba tan lejos, libre como un pájaro. En su padre. En su vida anterior, tan reciente, pero ya tan lejana, de libertad en la Cuesta de la Pesquera. Los vagabundeos, sin tener que darle cuenta a nadie de sus actos; por las playas, los puertos, el campo, las calles, tanto de día como por la noche. Las horas tendidas de sol, sin prisas ninguna, solo o con los de su coya, todos tan amigos, sin echarse en cara unos a otros los favores, contándose las cosas buenas y las malas.

—Vamos a echarle una potera a los pulpos.

—He apañao dos reales. Podemos comprar pipas.

—Mirar qué aparejo he rebuscao. —Pa dentro un año o dos dice mi padre que salgo ya a las trañas. Me

mercarán un jersey nuevo y unos pantalones.

—Pues yo pienso hacer la mili como matriculao. A los veinte ya estoy libre, y a lo mejor me voy en un macandro a recorrer mundo y a ganar muchas perras.

—Toma tú, si no nos metemos ahí y nos llega a pescar el caravina-gre ese, con la mala uva que tiene. Nos pela el carbón, nos da un chorro de guantás y adiós ganancias.

—Hay barco en el Hornillo. Algún inglés borracho se escurrirá, digo yo, y jaleo. Nos sobran cuartos pa comprarnos una pelota de las grandes, que podamos darle bien.

—¡Concho! ¡Qué jumerá se traía anoche el «Cometierra»! Vaya guantá que le sopló a su mujer. Y el follón de mugidos que arrojó la endivida.

—Se ha ido la Maxi con el tipo ese ferastero. Dice el padre que donde la vea la clava de un estacazo. Tiene hijos con otra el fulano, por su tierra.

Todo el bullicio de la Cuesta de la Pesquera se agigantaba y tomaba cuerpo en su imaginación. Toda su existencia perdida desfilaba en tropel, a colores fuertes como manchones, removidos desde un agrío y tenso subfondo. Se vio arrinconado, empujeado, cada vez más difuso y menos él, náufrago sin un cable o una roca de firmeza conocida donde asirse y trepar, salir al aire libre. Sintió que se hundía, se hundía sin salvación entre las amorfas paredes de aquella casa, segregado de los suyos, con un quehacer doméstico, impropio, que le encadenaba de por vida, siempre con la «doña», sin después. Siempre, siempre sin otro horizonte. Un día igual que otro. Un día igual que otro. La docilidad, la servidumbre, las manos limpias, las greñas ordenadas, el hacerse la cama, el poner y quitar la mesa, el fregar los cacharros, los trajines, dimes y diretes de criada, los discursos inacabables de la vieja, las palabras pinchosas que le sacaban de quicio y le daban ganas de estrangularla para que se callara de una vez, para terminar con todo, el «Julián», aquí. Julián, allí. Julián, esto. Julián, lo otro. El no ser ya nunca más el «Lajilla»; Julián, JULIAN. Sino de vasallaje, de aburrimiento, de prisión.

¿Por qué me han hecho esto? Apretó las mandíbulas, rabioso, con ira animal, primitiva, sintiendo de nuevo los lagrimones llenarle los ojos. Unas lágrimas que le escocían y le quemaban como lumbre ardiente. Me escaparé. En cuanto pueda, me escapo. Me iré de aquí. Con la Flor o donde sea. Donde no me encuentre la Guardia Civil y no puedan volverme ni a rastras. Donde no sepan más de mí. Pateó las lcasas. Me iré. Me... iré. ¿Por qué me han hecho esto?

Los pasos de doña Elvira, quedos, zapatludos, se arrastraban cada vez más cerca. Julián se mordió la rabiá, la angustia. Se entró en la cocina, cogió la jarra del agua, la llenó en el grifo del fregadero, la puso sobre la mesa y se quedó de pie esperando que la «doña» entrara en el comedor.